

Narrativa  
Artículos

# Manchas de Sangre en la Nieve

*Lobo*, la nueva novela de Adolfo García Ortega en la que entremezcla diversos géneros literarios.

NARRATIVA: **LOBO**

ADOLFO GARCÍA ORTEGA

OLLERO & RAMOS. MADRID, 2000

183 PÁGINAS. 1.750 PESETAS

JAVIER GOÑI

Julio Cortázar tiene un cuento (nos lo recuerda Enrique Vila-Matas en ese estupendo puñado de crónicas urbanas y literarias que es *Desde la ciudad nerviosa*, que Alfaguara acaba de reunir) sobre el metro de Buenos Aires, en donde una vez se perdió un pasajero, que nunca volvió a la superficie, lo que da pie a Vila-Matas a suponer, con cierto fundamento (como si las redes subterráneas de las ciudades estuviesen comunicadas entre sí), que en el metro de su ciudad, Barcelona, siempre hay un usuario que se extravía y se hace humo. Acaso, de creer en esa comunicación laberíntica de la nevadura metropolitana de las grandes ciudades, ese pasajero perdido en Buenos Aires o en Barcelona sea, literatura va, literatura viene, ese cadáver sin huellas y sin rostro, un trozo de carbón, que irrumpe en las primeras páginas de esta sorprendente y excelente novela de gé-

nero(s) de Adolfo García Ortega. Cortázar, Vila-Matas, García Ortega; conociéndolos: en fin, literatura.

Novela de género(s), sí, es *Lobo*: novela sobre la licantropía y, por tanto, filosófica (hay toda una reflexión sobre el mal, sobre ese lado oscuro que todo ser humano arrastra como si fuese pecado original y seña de identidad), y policiaca (hay toda una investigación policial en marcha), y romántica (ese amor pasión que se derrama como manchas de sangre en la nieve, manchas que nos delatan, manchas que seguimos para sentirnos vivos: el ser humano, el hombre lobo, el enamorado enfebrecido por la pasión), y literaria (ese pasadizo oscuro que se esconde en las bibliotecas, en los libros que están vivos, que si los tocas como si fuesen una pared falsa te dan paso a insospechados horizontes, a mundos intangibles).

Hay, sí, en esta novela un juego de espejos, que no llevan al lector a perderse en ese laberinto, pero sí a escoger una vía u otra. Hay un camino, aparentemente lineal: un cadáver hecho carbón; una investigación forense y policial; el testimonio de un viejo sabueso; el diario de un licántropo que encuentra, y justifica, su pasión en las manchas de sangre en la nieve. Un embrollo, en fin, de máscaras y rostros, de juego de apariencias que conducen, al final, hasta la

última línea, literalmente; aquella que permitirá al lector entenderlo todo, hacer una lectura gozosa de esta novela.

Y hay, a la vez, en este libro de Adolfo García Ortega, otra senda; más embrollada, en la que puede sentirse cómodo, a gusto, quien crea, con Cortázar, o con Vila-Matas, que siempre hay alguien que no regresa a la superficie en la red subterránea; o quien crea, con Adolfo García Ortega, y con Perec, ese escritor francés de su devoción, que las cosas nunca son como parecen, que hay libros que no son inocentes, que hay páginas oscuras como un pozo, y que atraen como un abismo, como una pasión.

Adolfo García Ortega, a base de ir sacando muñecas rusas o desmenuzando una cebolla, ha logrado un relato que es excelente, se vaya por una senda, la más rápida, la más simple, o por otra, por literaria algo más enmarañada. Al final, un lector y otro acabarán encontrándose en la última página, la 177, en la última línea: una, dos, tres, tres líneas tan sólo: el resto es papel en blanco, un horizonte de nieve. Y si el lector ha llegado hasta allí, con cierta predisposición, no sería raro ni extraño que aparecieran, a poco que supiéramos mirar, unas huellas encarnadas, unas manchas de sangre: las lágrimas de un lobo enamorado, cautivo de su propio destino.